# Capítulo uno

# *«No es necesario creer en una fuente natural del mal. Los hombres por sí solos ya son capaces de cualquier maldad».*

# *Joseph Conrad.(1857-1924) Novelista británico.*

VIERNES DE NOCHE

«No lo puedo creer. No puede ser. Sí, enseguida voy para allá» fue mi respuesta a la llamada de mi jefe al anunciarme que algo desastroso acababa de ocurrir. Cerré el celular, di la vuelta, y conduje hacia el sitio del suceso. Lo que vi era indescriptible. El dolor se hizo más grande gracias a los recuerdos.

Por el tamaño y su diseño no se podía comparar con *The London Eye* (El ojo de Londres)o a la de Singapur, y menos con la de Las Vegas, cuyas cabinas podían embarcar hasta cuarenta personas para disfrutar de juegos y un *happy half hour* de comidas y bebidas. Pero la noria o rueda de la fortuna de mi ciudad se había convertido también en un símbolo con apenas cinco años de instalada. Muy visitada y usada por propios y extraños, era una copia de la original que George Washington Gale Ferris hijo diseñó para la exposición World's Columbian Exposition en Chicago, Illinois, EE. UU, en 1893, según se leía en la placa pegada a un pequeño pedestal conmemorativo. Aunque superior en altura, quizás unos cuarenta o treinta metros más, esa noche de viernes, aquella armazón de diversión para grandes y chicos quedó reducida a un montón de hierros retorcidos. Eran más de dos mil toneladas de metales desparramados por gran parte del parque ferial, y aún no se sabía el número de víctimas.

Lo ocurrido movilizó a centenares de personas, a muchos curiosos, pero la mayoría interesada por el destino de conocidos y familiares que suponían habían ido a visitar aquel parque ferial ubicado hacia la costa, aledaño a uno de los centros residenciales de novísima construcción.

Cuando llegué, aún había gente desesperada corriendo en la semioscuridad, buscaban cómo salir del parque, mientras bocinas y sirenas de vehículos que entraban y salían del área definían con su estruendo lo que sucedía, sumado al ruido de plantas eléctricas portátiles que suplían el servicio externo interrumpido. Un olor ferruginoso impregnaba el aire y me hacía estornudar.

Me uní al trabajo que realizaban los equipos de rescate de los bomberos y numerosos voluntarios. Lo hacía como ciudadano más que como jefe de la Oficina de Investigaciones Criminales de la policía local.

Mientras ayudaba a levantar una gruesa y larga pieza de acero que aprisionaba las piernas de un adolescente que gritaba de dolor, recibía la respuesta a una pregunta sobre daños que le había hecho minutos antes a Pereira, comandante de los bomberos. Era el comandante un catire fortachón de origen lusitano, que con su gruesa vestimenta de pantalones y chaqueta amarilla, botas negras y guantes de grueso material, más un casco con amplia visera, semejaba a un ser de otro mundo. Había hecho carrera como bombero universitario; como jefe de la estación local se le debía la formación de un equipo de rescate bien entrenado y disciplinado que se había ganado el respeto de la comunidad.

—Inspector Ramos —respondió ansioso—, le digo que es un milagro que no tengamos más heridos, porque casi la mitad de las treinta y seis cabinas de la rueda están desperdigadas por toda esta zona. Muchas alcanzaron a personas que estaban cerca, como esta que tenemos debajo de esta viga. Sin contar las que cayeron sobre otras atracciones, el carrusel y la montaña rusa, llenas de usuarios, o las que destrozaron kioscos.

—¿Accidente? —pregunté paseando mi mirada por la devastación ocurrida, según testigos, a las ocho de la noche en punto. Afortunadamente la presunción de muerte se desvaneció.

—Muy temprano para una conclusión. Hay que trabajar con el personal encargado del mantenimiento de la rueda para conocer detalles de su trabajo. Hace un mes realizamos nuestra inspección rutinaria de seguridad de este complejo ferial. Todo estaba normal.

Respondía levantando su gran visera y mirándome sin ocultar la preocupación en su rostro sudoroso.

— ¿Ve esas vigas gigantes en forma de V separadas de sus bases? —preguntó, mientras señalaba con sus manos enguantadas parte de las brillantes estructuras que yacían sobre la tierra, y que yo recorría con la vista—. Son las que sostenían el eje de la rueda y todo el andamiaje. Al romperse, originaron toda esta tormenta de metales retorcidos, pedazos de cables de acero saltando de un lado a otro; de hierros convertidos en flechas que atravesaban cualquier cosa. Sumado a esto, cientos de bombillas estallaron con sus cables originando cortocircuitos y pequeños incendios —explicó.

—Un desastre total —le respondí, haciendo un alto en mi labor, luego de que un par de enfermeros se llevaran al joven rescatado—. Pero dígame algo, ¿las cabinas estaban vacías? ¿No tenían ocupantes?

—Sí, sí. Algo extraño ocurrió. El cambio de guardia del personal se adelantó. Son dos personas, una que recibe las entradas y regula la velocidad de la rueda, y otra que acomoda a los usuarios en las cabinas.

— ¿Y?

—Bueno, minutos antes se procedió a desocuparlas por lo que quedó girando lentamente. Es lo que se acostumbra cuando no hay usuarios. Pero la salida adelantada de ese personal fue lo milagroso. Si no, todo esto estaría lleno de cadáveres.

Continuamos con la labor de búsqueda de posibles atrapados, pero al parecer ya no había más. Los gritos de «aquí está uno, vengan», cesaron. A cada rato los rescatistas ofrecían información al comandante Pereira.

—Según la cuenta que llevamos, hay medio centenar los heridos, pero seguimos con suerte, ninguno de gravedad. Gracias a Dios —me dijo—. Ahora nos centraremos en remover los hierros. Armar una hipótesis sobre lo que pasó aquí será nuestra tarea inmediata —agregó mientras caminábamos.

—No está de más que le envíe temprano en la mañana a mis expertos en criminalística para descartar cualquier presunción —le sugerí, recostándome de uno de los carros de bomberos.

—Sí, es lo lógico. Ruedas de la envergadura de esta con más de cien metros de alto no se caen con facilidad, lo que no pasa con las itinerantes que circulan por los pueblos, pequeñas y más inseguras, que por ser instaladas en un santiamén no están ajenas a graves accidentes. Aquí, repito, hubo un milagro.

Coincidía con el comandante. Solo un milagro había evitado que viviéramos una tragedia de dimensiones catastróficas. *«Imaginarse esta noria con sus cabinas llenas de gente, de niños y adolescentes principalmente… ¿Cómo puede caerse algo de tanta envergadura?»,* me preguntaba.

El sonido del celular canceló esos pensamientos. Miré la pantalla. Era el detective Quintero.

—Sí, amigo, sí, estaba ayudando. Me encuentro cerca del camión principal de los bomberos, la unidad 001… Sí, los espero.

Entonces, esa pregunta de cómo podía caerse algo así tan inmenso se la hice al comandante de bomberos.

—En la construcción de estas ruedas entran muchas leyes de la física. Es algo complejo, de mucha ingeniería. Pero creo que la seguridad está en la calidad de los materiales que se usan, en el mantenimiento constante, reemplazo oportuno de piezas gastadas, más un personal responsable y con experiencia —respondió.

— ¿Y qué opinas de esta?

—Sorprendido, como creo que están todos, porque para mí estaba sólidamente anclada. Enterrada en el subsuelo para poder soportar todas las fuerzas que entran en juego en esta estructura mecánica. Solo un fuerte temblor de tierra tendría posibilidad de echarla abajo.

— ¿O un huracán?

—No lo creo. Esta no es tierra de huracanes. Pero en todo caso, cada parte del juego la diseñaron aerodinámicamente con el afán de evitar en lo posible la fricción del viento.

— ¿Sabes de casos similares?

—De la forma como cayó esta, no. Tampoco he sabido de ningún caso parecido en el mundo. Hay accidentes, se desprende una cabina, o se cae un pasajero por defectos en las cadenas que utilizan como cinturones de seguridad. Lo más extraño que ha ocurrido fue un avión que se estrelló contra una noria…

— ¿Un avión? —pregunté, frunciendo el rostro, con duda.

—Sí. Una avioneta. Perdió combustible, el piloto no pudo controlar la nave y se estrelló contra varias cabinas de la noria. Salió ileso junto a su acompañante. Tampoco los usuarios sufrieron.

— ¿Y dónde fue eso?

—Creo que en Australia, hace como diez años.

— ¿Un desperfecto en el motor que la mueve podría derribarla?

—No lo creo. Esto funciona por acción y reacción. Se prende el motor y empuja el movimiento inicial hacia arriba, y luego el peso de las cabinas y los pasajeros completa el giro, y así continúa.

*«Esa clase me le perdí en física de secundaria»,* pensé.

Al poco tiempo llegó el detective Quintero. Venía acompañado de mi cuñado Alberto, el periodista deportivo, quien después de los saludos lanzó su coletilla *¿cómo marcha el partido?*

—Ya lo ven —respondí a los dos—. Las palabras sobran.

Ninguno habló. No hacía falta. La expresión de sus rostros bastaba.

Luego, dijeron que habían visto videos subidos a la web, pero no los detallaron.

—Con el asunto de la parrillita en casa, solo esperábamos por ti. Después nos avisaron de lo ocurrido —dijo Quintero.

—En un televisor podemos tener una visión ampliada de lo ocurrido. Son muchos los videos. Son muchos —repitió con énfasis Alberto—. La gente con celular es curiosa, graba todo —agregó.

—Sí, tienes razón —dije—. Muchos ojos ven mejor que dos.

Quintero preguntó mi opinión sobre lo ocurrido.

—Vamos a trabajar con los bomberos para esclarecerlo. Esta es la escena de un crimen hasta determinar que no hubo nada extraño. No sabemos qué causó este desastre. A propósito, llama al gordito Pérez para que junte a sus técnicos y se ocupen de esto desde ya. Que busque al comandante Pereira —le respondí.

Me acerqué al jefe bomberil, le informé, y me despedí. Hice lo mismo con mi jefe.

—Ahora sí, ¡vamos! —le dije a Quintero.

Cuando conocimos al detective Rafael Quintero con su esposa Esperanza, docente en secundaria, cambiamos nuestras reuniones de amigos de la tasca en donde las hacíamos hacía años, con buena atención y precios, a las casas de cada uno de nosotros. Semanal o quincenalmente, la comida y las bebidas se rotaban con diversos motivos de celebración. Alberto era mi amigo y vecino desde la niñez. Compartimos la primaria y la secundaria hasta que el ingreso a la universidad nos separó, y solo nos veíamos en temporadas de vacaciones. Me hice policía, y él, periodista. Ambos con iguales suegros y suegras, porque nuestras esposas, la mía, Helena y la de él, Beatriz, son hermanas. Una feliz coincidencia ocurrida el día de su matrimonio cuando conocí a su cuñada. Él es un tipo simpático, rubio, parecido a un jugador de baloncesto por lo espigado. Y yo, según su apreciación, un retaco moreno salido de las lonas de la lucha libre mexicana. Pero en fin, con amistad suficiente para superar cualquier contrariedad. Ciertamente habían sido muchas.

En cuanto a Rafael, era un joven treintañero, de contextura atlética, con cara de galán de televisión por su cuidado peinado y sus atuendos al día. Anhelaba convertirse en escritor. Pidió transferencia provisional desde la central de policía en la capital para que su suegra pudiera atender a su esposa, casi a punto de dar a luz traer un hermoso varón, cuestión que había ocurrido hacía ya cinco años y tanto. Se olvidó de regresar.

Ya en su casa, sus suegros y nuestras compañeras casi al unísono preguntaron por lo ocurrido. «La televisión habla de muertos, ¿es cierto?», preguntó alguien.

*«En casa de policía las respuestas sobran»,* pensé.

—No. Gracias a Dios, no hubo muertos. Eso sí, muchos heridos pero todos en recuperación —respondí.

Expliqué, en minutos, generalidades de lo ocurrido. Luego, las mujeres se dedicaron a preparar la mesa y nosotros la parrilla, mientras observábamos el mal tiempo que había comenzado a formarse, con relámpagos en la distancia. Azuzamos el fuego porque una sorpresiva e impertinente garúa amenazaba con aguar la *fiestica*. Pensé en el lugar del suceso. «*Una lluvia complicará la remoción de escombros y la investigación»*.

Llamé al comandante Pereira.

—Sí, inspector, comenzó a llover, pero aquí es una lluviecita. Si no arrecia, seguiremos con nuestro trabajo.

—Bien, seguiremos en contacto.

Después de comer, brindar y hablar generalidades, Alberto anunció que tenía conectada la laptop al televisor para ver los videos. Todos pasamos a la sala.

Expresiones de asombro y algunas palabras compasivas se escuchaban mientras veíamos el primer video, que mostraba la caída de la atracción mecánica y a la gente corriendo desesperada. Las primeras cabinas desprendidas se deslizaron por la amplia vereda de la entrada del parque arrasando todo a su paso, aceleradas por el desnivel existente, porque la rueda fue ubicada sobre un terraplén para ofrecer una amplia vista al mar por encima de los edificios levantados en la zona costera.

— ¡Dios mío, eso es espantoso! —dijo la señora Esperanza, suegra del detective Quintero.

Los siguientes videos produjeron reacciones similares. Uno de ellos acaparó nuestra atención: mostraba que al momento de la caída solo dos personas, por algunos segundos, permanecieron impasibles, no corrieron.

— ¿Se fijan? —pregunté, luego de pedir a Alberto que pausara la grabación—. Al fondo hay alguien. Por el tamaño me parece como un niño. Está aferrado a la cerca de seguridad que circunda la rueda. Y atrás, muchos metros atrás, esa persona de sudadera negra con gorra del mismo color, que mira su reloj de pulsera, echa a correr, lo toma por la cintura a la fuerza, se lo lleva, y ya no se sabe qué pasó.

— ¿Mirar su reloj en un momento tan espeluznante?, parece algo de loco —comentó mi esposa.

Pedí que se ampliara la imagen congelada. Alberto hizo unos arreglos en su laptop, y centró la parte de la rueda cayendo, y la figura pegada a la cerca.

—Sí, no hay dudas, se trata de un niño —afirmé—. Creo que sufrió una crisis de nervios al ver que la rueda se desprendía, más el estruendo y todo eso. El miedo lo hizo aferrarse a la cerca. Es comprensible. ¿Pero cómo lo supo el de la chaqueta negra desde donde se encontraba y dentro de ese desbarajuste?

Esperanza, la esposa de Quintero, la simpática y diligente profesora, expuso una contingencia que nos hizo mirarnos unos a otros.

—A menos que ese niño sea su hijo, un familiar o un conocido, a quien dejó esperando su turno para montar en la rueda mientras iba a comprarle una chuchería. O lo más impensable, que ya sabía en qué momento se caería la rueda.

—Por eso veía el reloj —dijo Alberto.

*« ¿Y si no fue un accidente?, (hasta ahora eso es lo que parece). ¿Y si fuera otra la causa? ¿Una acción criminal?»,* especulaba en mi mente. Entonces, le dije a Alberto que volviera a los primeros videos.

Empezamos la revisión.

—Pausa allí, por favor. ¿Ven la cerca donde se aferraba el menor? Está destrozada, aplastada por esas barras de hierro. Lo que hubiera pasado con el niño si el de la capucha negra no interviene —argumenté—. Pero al lado se ve lo que sería la entrada de los usuarios, por donde pudieron escapar.

—Y si no escaparon, se protegieron entrando a un semisótano donde guardan no sé qué o me parece que está el motor que hace funcionar los engranajes de la rueda. Yo he sido usuario por años y he visto ese escondrijo. Hay unos dos o tres escalones —aclaró Alberto.

Esperanza intervino para ampliar su opinión.

—Viendo esa escena, volvemos a las cosas que se nos hacen difíciles de creer y desde que el mundo es mundo sospechamos que están en algunas mentes: el don de la revelación, de seres que pueden ver hechos del futuro. De personas con habilidades muy especiales que dejan atrás los famosos *déjà vu.* ¿El hombre de la chaqueta negra estuvo en el lugar por mera coincidencia o sabía de antemano que la rueda iba a caerse y, más precisamente, que una viga aplastaría al pequeño? ¿Y si fue así, por qué no avisó oportunamente? A menos que tuviera su visión minutos antes, fue a cerciorarse de si había sido un sueño, un presentimiento, y se encontró con la realidad.

Todos quedamos en silencio. Pensé que si alguien respondía los argumentos, estos se alargarían hasta llegar a la historia de Casandra o más atrás. Cuando un tema así sale a relucir, lo mejor es quedarse callado. Preferí cerrar el ciclo.

—También podríamos conjeturar que ese desconocido fue el que destruyó la rueda, algo así como «*la muerte sembrando muertos»*. ¿Las motivaciones? Un *copycat killer,* un imitador de asesinos cinematográficos, un terrorista o un perturbado por una secta, religión u otra causa.

Esperanza, que me traspasaba con su mirada, respondió.

—Pero a lo mejor es un *falso asesino*, no quiso matar, solo probar que podía hacer caer esa rueda con algún invento, qué se yo. Por eso estaba vacía.

Por la hora decidimos dejar las presunciones, tomar *la del estribo* (el brindis de la despedida) y recoger trastos y desperdicios. Saboreaba una cerveza cuando Ramos me preguntó si lo de un atentado era posible.

—Mañana lo sabremos. Los expertos encontrarán las evidencias. Recuerda que nosotros trabajamos con el pasado. Como diría tu esposa, solo a veces seríamos seres de predicción. Podemos adelantarnos a las acciones de los criminales por sus rastros, la ayuda de la ciencia, de la criminología forense, y hasta por una corazonada. Como los arqueólogos, pero al revés. Vamos al ayer para capturar a los malos del mañana.

—Como enseñaba el domiciliado en la calle londinense de Baker Street.

—Más o menos, mi querido Watson. Bueno, la pasamos bien y es hora de despedirnos. Mañana habrá mucho trabajo.

SÁBADO

No recordaba de algún accidente o desastre que hubiera marcado a mi ciudad en fecha reciente. Muchos años atrás, décadas diría, en tiempo de la niñez de mi madre ocurrió la explosión de la mina de carbón cercana, donde murió una veintena de trabajadores y hubo más de un centenar de heridos. Mucho antes, en el viejo aeropuerto, se estrelló e incendió un avión comercial en el que fallecieron todos sus ocupantes. Hace menos tiempo, yo era niño, un escape de un gasoducto combustionó y quemó un área urbana importante, pero salvo algunos daños en vehículos estacionados, no hubo lesionados debido a que las válvulas de seguridad estaban automatizadas y se cerraron en minutos. Ahora, viendo con la luz de la mañana lo ocurrido la noche anterior con nuestra noria, el dolor aumentaba. Un camión lleno de barras de hierro salía para dejar entrar a otro vehículo similar que recogería lo que aún faltaba por limpiar. Algunas piezas, principalmente las grandes en forma de V que sostenían la atracción, estaban resguardadas, separadas con cintas amarillas. La prohibición de estar en al área fue mantenida por efectivos militares ante la avalancha de curiosos que seguían llegando.

Bomberos y rescatistas, junto al personal policial, desayunaban en unos kioscos cercanos a la playa cuando me acerqué al comandante Pereira. Después de los saludos, la invitación para que los acompañara no se hizo esperar. Me senté y acepté cortésmente solo un café.

—Trabajaron duro toda la madrugada —le dije, elogiando la labor de separar limpiamente los distintos componentes de la rueda.

—Sí. Ciertamente, una buena jornada que esperamos terminar en las próximas horas. Nos fueron de gran ayuda el licenciado Pérez y sus hombres. Se acaba de ir con las muestras recogidas.

—Salí directo de la casa para acá. Lo veré en la oficina. ¿Muestras de qué? —pregunté, antes de empezar a saborear la infusión.

—Mejor me acompaña —respondió, levantándose con agilidad.

Apenas sorbí algo de café.

—Puedes traerte la taza, no hay apuro.

Me condujo hasta las piezas resguardadas. Se agachó y lo imité.

—Ya no tenemos dudas, se trata de un atentado. ¿Ve cómo las puntas de estas barras quedaron como lápices después de pasar por el sacapuntas? Fueron corroídas por una sustancia química muy poderosa. Hicieron lo mismo con algunos de los ejes que sostienen las cabinas.

— ¿Una sustancia química? Pero eso debió ser un proceso muy lento, de días, y muy preciso.

—Así pensamos. Verás, existen muchos químicos que vuelven masa el acero. Saberlos combinar llevaría años de experimentación. El licenciado Pérez me dijo que determinar los que usaron aquí será una tarea larga en los laboratorios. Hasta podría tratarse de una bacteria. Cuando me dijo esto me reí, pero es verdad.

— ¿De qué sospechan?

Una voz conocida interrumpió la conversación, dando respuesta a la pregunta con una simple frase:

—Ácido fluorhídrico, tiene que ser —Se escuchó con firmeza—. Lo intuyo por ese penetrante olor que el agua de lluvia ha intensificado. Eso ayudó también a su disolución y a producir emanaciones poco tóxicas.

Levantamos la vista. Era nuestro jefe forense, el inmutable Dr. Ryvack.

— ¿Usted aquí? Lo hacía en la capital, en un congreso. ¿Cuándo llegó?

—Soy de aquí y lo que aquí pasa me interesa. Vi la información por televisión anoche. Sinceramente, esta tragedia me partió el corazón. Tomé el primer avión hoy en la mañana. Llegué hace poco. Del aeropuerto hasta aquí —respondió con palabras entrecortadas y, por el tono de voz, muy sentidas.

Al septuagenario Ryvack, ya sin su acostumbrada bata blanca, resultaba raro verlo como lo que en verdad era: todo un gran señor, con paltó, su leontina de oro, su corbatín, y sus infaltables anteojos de montura de carey. El pelo cenizo lucía brillante bajo los rayos del sol, y firme ante la brisa costera, quizás con mucha crema para fijar el cabello. Sus zapatos lustrosos tenían gotas de agua, señal de que había andado sobre la escena mojada. En fin, para mí su presencia resultaba solidaria.

—Ya tienen el cómo —agregó, elevando un poco su voz ronca al pronunciar la última palabra, manteniéndose en pie.

— ¿Y ese ácido puede hacer eso? —pregunté.

—Y mucho más. Corroe desde vidrios, cerámicas, metales, hasta rocas y concreto. La corrosión de metales es un problema constante que se soluciona con mantenimiento y reemplazo oportuno de partes. Ahora, según lo que han descubierto aquí, lo que se ve es de otra naturaleza. Es criminal.

*« ¿Qué tipo de persona haría algo así de catastrófico e inhumano?»,* pensé. Y como si leyera mi mente, Ryvack respondió:

—Quién o quiénes y porqué se podrían comenzar a develar al conocer un poco la historia paralela que se desarrolló en torno a este invento tan divertido como lo es la noria. Mis nietos y yo disfrutábamos una enormidad cada vez que nos montábamos. Con decir que a mí se me olvidaban mis casos criminales en agenda.

— ¿Que nos quiere decir, doctor? —preguntamos casi al unísono, al momento de ponernos de pie.

—Ya deben haber leído la placa conmemorativa. Bien, la volví a leer hace algunos minutos, al ver que lo único que había quedado en pie era ese pequeño pedestal.

Explicó que cuando se inició en las ciencias forenses, años después de autopsiar cientos de cadáveres, en criminología los profesores recomendaban investigar los casos más importantes de asesinos seriales como una de las maneras de entender el comportamiento antisocial del criminal y así prevenir la comisión de un delito.

—Porque siempre surge un patrón que hay que desmenuzar con cuidado como las capas de una cebolla —afirmó.

— ¿Y ya usted lo percibe en este caso en particular cuando apenas estamos trabajando la criminalística, la recolección de evidencias? —pregunté, con mucha curiosidad.

Colocó su dedo índice derecho en el mentón, y cubriendo con su otra mano el codo del mismo lado, en una pose muy seria que, sin embargo, me arrancó una sonrisa, empezó a discernir sin yo entender a dónde quería llegar.

—No recuerdo ahorita en cuál, pero en un libro de James Joyce me llamó la atención la palabra *meandertale*, con variados significados para los eruditos de la literatura.

— ¿Y cuál sería el apropiado, por lo menos para usted?

—Yo simplemente la entendí como caminar lentamente buscando los orígenes del hombre, de su pensar, de su actuar. La aplico a los asesinos, hurgando para conocer por qué actúan como lo hacen.

—En otro libro —siguió hablando—, este de un autor que me gusta mucho, casi de mi edad y premio Nobel de Literatura para más señas, se me aclaró más el asunto cuando expone que como impulso de la naturaleza cada hombre busca ser eso, hombre. A pesar de tener orígenes comunes, las madres, cada uno tiende a su mismo fin. Me explico: alguno no llega jamás a ser hombre, sino rana u hormiga, o qué sé yo, pero desde lo más hondo cada quien trata de serlo…

Interrumpí, y lo dejé con la palabra en la boca, al recordar algo que podría tener conexión con lo que intentaba explicarnos:

—Es como decía el profesor en la clase preuniversitaria de mi cuñado Alberto, al hablar del día sexto de la creación, cuando Dios creó a los seres vivientes según su género y especie, y en el séptimo hizo al hombre, pero le mezcló por lo menos tres de los ADN de los animales. De esto último surgen la amistad, el compartir y la aprobación…

—Gracias, inspector. No era por ahí exactamente por donde iban mis tiros —respondió con amabilidad—. En pocas palabras, cada quien trata de buscarse en sí mismo, el quién soy, a fin de cuentas. Sabiendo esto podemos llegar a comprender la mismidad de los otros.

Dio unas vueltas alrededor del pequeño pedestal; luego, nos miró desde detrás de sus lentes oscuros. Imaginé que pensaría que aún no visualizábamos por dónde iban sus tiros, porque al instante preguntó:

— ¿Me entienden?

Asentimos (creo que más por educación que por otra cosa), con un movimiento de cabeza.

—Es tratar de entender por qué alguien hizo lo que estamos viendo. No llegó a ser el hombre que todos queremos ser: el íntegro, el solidario, el respetuoso, el honesto y todo lo bueno que se nos ocurra, sino alguien que perdió la inhibición, tiene comportamientos arriesgados, es irresponsable, transgrede las normas, muy impulsivo y sin autocontrol.

Leyó la placa conmemorativa. Luego comenzó a explicarnos lo que supuse sería su argumentación original.

—A la par que Chicago disfrutaba en 1893 de su feria mundial, de los adelantos de la modernidad, de la próxima llegada del nuevo siglo y de una noria como la de acá, novedad que atraía a miles de personas, hacía su aparición un edificio de hospedaje conocido después como hotel de los horrores, regentado por el médico Henry Holmes, también estafador y seductor, que reconoció haber matado a 27 personas, aunque las autoridades estimaron que había asesinado a más de 200.

Dijo que este tal Holmes aprovechó la llegada de tantos visitantes a la feria para ofrecer habitaciones casi gratis, preferiblemente a jóvenes mujeres, sus víctimas.

—Pero no voy a desmigajar a ese asesino. Sobre él hay muchos libros, películas, teorías, tesis doctorales y un sinfín de artículos —añadió Ryvack—. Lo más actualizado que supe es que décadas después de su ajusticiamiento en la horca, un familiar presentó supuestas pruebas de que este Holmes pudo haber sido el famoso asesino en serie londinense Jack el Destripador. Entonces, volviendo a lo nuestro, ¿qué tenemos aquí?

— ¿Un asesino serial en nuestra ciudad? —preguntó el comandante Pereira.

—Yo diría más bien que, imaginándolo como usted explica, sería un asesino en masa. Raros, pero existen. Y no tienen que ser terroristas o miembros de una secta religiosa —respondí.

—Pienso que es alguien que trata de decirnos que va por el mismo camino. Comenzó con este atentado que, por algo milagroso, no causó las muertes que esperaba. Debemos pensar que ahora siente rabia por el fracaso. Esperar lo que los expertos llaman una agresión reactiva. Esto le llevará a actuar de nuevo preparando otro atentado, aún más espectacular y trágico, con alto grado de planeación y control —afirmó Ryvack.

Sin embargo, al recordar lo visto en los videos, no me atreví a apoyar esa tesis. La pregunta de por qué alguien actuaría así contra mi ciudad me martillaba, carcomía mis pensamientos. Pensé en los traumas que generaría dentro de la población el dar a conocer la existencia entre nosotros de un asesino serial. Una locura.

—Doctor, estamos analizando los videos sobre lo ocurrido. Encontramos algunas situaciones no muy claras que pondrían en duda lo de un posible asesino serial. ¿Podría acompañarnos y así darnos su opinión?

—Con mucho gusto, pero no será hoy, ni tampoco mañana. Tengo compromisos familiares. ¿El lunes a primera hora?

—Sí, sí. Está bien. Ya que voy a la oficina, lo puedo dejar en su casa.

—Le agradezco, pero mi señora debe estar por llegar. También quiere ver este desastre. Mientras espero, seguiré curucuteando por aquí. Fue un placer.

Al escuchar lo de los videos, el comandante Pereira me informó que ya estaban descargando en un disco duro los grabados por las cámaras de seguridad del complejo y me lo haría llegar lo más pronto posible.

—Gracias. Era eso lo que pensaba solicitarle, ya que por presunción de accidente supongo que ya estarían en su poder —le dije.

Aproveché para que me llevara, si es que existía, hasta el semisótano ubicado a un lado de la rueda, el que había mencionó mi cuñado, donde, supuestamente, se resguardaron el de la capucha negra y el niño.

—Vaya, vaya, parece que fue verdad —exclamé al encontrar en el piso una sandalia deportiva de talla pequeña.

— ¿Y eso?

—Presumo que será parte del caso. Verá, en un video aparece un niño que resguarda otra persona, y supongo que esto le pertenece.

El comandante tomó la sandalia.

—No creo haber visto una parecida entre los escombros —dijo. Después explicó lo que había en el lugar donde estábamos­—: Aquí está instalado el sistema que monitorea la operación de la rueda. Si el control externo falla: desperfecto en los frenos o la velocidad aumenta, el operador viene acá y lo soluciona. Si es necesario, lo apaga.

Al no encontrar nada anormal en el lugar, nos marchamos.

—Seguiremos en contacto, capitán.

Ya en la oficina, lo primero que ordené después de los saludos fue un viaje de pizzas.

— ¡Muchachos, estómago lleno, corazón contento! Tenemos mucho trabajo por delante.